

DE NIETZSCHE A SCHELER Y EL FUTURO DE LA ÉTICA OCCIDENTAL

Edison Arias Arcos

La presente ponencia intenta trazar una línea ideal desde lo que se puede rescatar del pensamiento de Nietzsche especialmente de su crítica enconada a la cultura occidental, y muy particularmente a la moral de estirpe cristiana imperante en la Europa del siglo XIX hasta la posición ético antropológica de Max Scheler. Esta línea ideal probable apunta a lo que podría llegar a constituirse en la moral que pueda orientar la acción de los hombres de las comunidades civilizadas del futuro y en especial de las culturas o subculturas de raigambre europeo occidental y por las razones que vamos a exponer.

En lo tocante al pensamiento de Nietzsche ya conocemos su posición respecto a la religión cristiana y especialmente de la teología medieval que habría pervertido el sentido original de los valores del cristianismo bajo la dominación de un pensamiento extraño procedente de Platón y de Aristóteles. Esto es, una muchedumbre de elementos heterogéneos que habrían sido introducidos en la fe cristiana y son estos elementos que alterando su esencia han hecho del cristianismo un "platonismo para el uso del pueblo"¹. Pero lo que realmente critica Nietzsche es la identificación de Dios con la bondad suma, con la sabiduría suprema. En un párrafo de la Voluntad de Poder señala: "Alejemos del concepto de Dios la Bondad Suma, ella es indigna de un

¹ Nietzsche, F. *Más allá del Bien y del Mal*. Aguilar. Argentina, 1965. Prefacio, pág. 460 en O. C. Tomo III.

Dios. Alejemos además la suprema sabiduría... No, ¡Dios es la potencia suprema, con eso basta!"².

En un texto de juventud Nietzsche anotaba: "El hecho de un Dios encarnado significa solamente que el hombre no debe buscar su felicidad en el infinito, sino que él debe crear su paraíso en la tierra. La ilusión de un mundo sobrenatural, producto de la infancia de los pueblos, ha colocado al espíritu en una falsa posición frente al mundo terrestre"³.

Aquí ya podemos detectar tempranamente una constante en el pensamiento de este autor: su tendencia a eliminar la trascendencia y el correspondiente énfasis en una suerte de inmanentismo "terrestre" que después vamos a encontrar en su teoría del superhombre y es lo que explica, además, su rechazo a filosofías tales como el platonismo que ponen el acento en la dualidad de mundos: el mundo sensible y el mundo inteligible de las ideas y aún la filosofía de Kant a quien considera un filósofo "transmundano".

Por cierto, esta posición invidente respecto de la metafísica cristiana lo va a conducir a su acerba crítica a la moral correspondiente, desde su tesis del cristianismo "como la flor más pura del resentimiento" hasta su apología del "hombre malo" donde se pueden encontrar afirmaciones tales como las siguientes: "el pecado no reviste ninguna importancia". El pecado, la penitencia, el perdón serían para él ingredientes procedentes del judaísmo o del paganismo. En consecuencia, nada sería más extraño a Cristo que el ideal del hombre bueno. En sus *Obras Póstumas* indica: "Jesús de Nazareth amaba a los malos y no a los buenos... Él quería ser un destructor de la moral"⁴. Él habría reclamado "Un César romano que tuviese el alma de Cristo" y

² Nietzsche, F. *La Voluntad de Poder*. Aguilar. B. Aires. 1967. Pág. 382.

³ Cita tomada de R. Blunk en F. Nietzsche, *Infancia y Juventud*. Pág. 91. Ed. Corréa. Buchet-Chastel. Paris. 1955.

⁴ Nietzsche F.- *Obras Póstumas* # 555, pág. 215. Trad. H. J. Bolle. Mercure de France. Paris, 1934.

añade: "Los buenos permanecerían casi sin valor por el momento, lo que importa son los malos animados de una voluntad religiosa" los que podrían introducir nuevas meditaciones sobre la esencia de Dios, desde luego de un Dios que no sería más definido por el atributo moral de la veracidad sino que entraría en el juego de la ilusión y de la verdad fundando así el pluralismo y la historicidad de las interpretaciones. Ahora, cuando Nietzsche se endilga contra los buenos significa que lo hace desde el supuesto que el hombre bueno es radicalmente inapto en el manejo de la interpretación puesto que es un hombre unidimensional, el hombre que habiendo dejado atrofiar sus instintos no puede percibir nada fuera de su perspectiva limitada, al contrario el "malo" cultivaría en sí mismo todas las contradicciones, todos los conflictos, en otros términos, todas las formas de la negatividad⁵ y , por lo tanto, llega a ser capaz de considerar el mundo en función de múltiples puntos de vista diferentes. En suma: el "bueno" se asemeja a un instrumento de una sola cuerda; el malo, en cambio juega sobre un inmenso clavijero de interpretaciones.

A lo anterior habría que agregar sus importantes tesis sobre la muerte de Dios y su resultante más próxima: el nihilismo y su idea fundamental de que: "El hombre es algo que debe ser superado". En el prólogo de su *Así habló Zaratustra* traza un esbozo de la imagen del superhombre en "el sentido de la tierra" puesto que hasta ahora el hombre se ha trascendido apuntando hacia Dios. El superhombre debe reorientarse hacia la Gran Madre Tierra de la que va a depender su libertad. Y otra vez encontramos en este punto un inmanentismo tenaz. De todas maneras, la figura del superhombre queda un tanto indefinida en este autor, pero permanece la idea de que el hombre es un tránsito

⁵ Véase al respecto el volumen que resume los trabajos de un coloquio efectuado en Francia durante el mes de febrero de 1968 y consagrado al problema de L'objectivité de Dieu, especialmente la ponencia del Prof. J. Granier sobre: "La Crítica Nietzscheana del Dios de la Metafísica", págs. 65 a 86.

hacia algo superior cuyo sentido estaría dado por la tierra como "último criterio".

Frente a este panorama propuesto por el energumenismo nietzscheano encontramos la posición de M. Scheler a quien sus contemporáneos llamaban "el Nietzsche católico" aludiendo a una de las fases importantes en la evolución de su pensamiento. Desde luego, se puede establecer una cierta correspondencia entre algunas posiciones de ambos pensadores. Por ejemplo, en la crítica de Nietzsche a la moral cristiana a la que ve como la expresión del resentimiento responde Scheler que donde hay amor no puede haber resentimiento en su obra del año 1912 titulada: *El resentimiento en la génesis de las morales*. Por otra parte, la idea nietzscheana del superhombre es retornada, aunque con un sentido diferente por Scheler, especialmente en su magna obra ética titulada: *El Formalismo en la Ética y la Ética Material de los Valores* publicada entre 1913 y 1916 donde encontramos su importante afirmación de que "el hombre es, visto con rigor, el movimiento, la tendencia, el tránsito a lo divino. Es el ser corpóreo que apunta a Dios y que constituye el punto de irrupción del reino de Dios, en cuyos actos únicamente se constituye el ser y el valor del mundo"⁶.

Esta importante idea scheleriana va a permanecer constante en sus escritos hasta el final de su vida, es así como la volvemos a encontrar en su conferencia de 1925 que con el título de *Die Formen des Wissens und die Bildung* pronunciara en la Academia Lessing de Berlín y donde apunta a la idea de "cultura" entendida como *Bildung* (formación) en la que llega a sostener que la cultura entendida como proceso, en una primera instancia, es una constante de humanización y en una segunda fase se constituye en un proceso de "autodeificación" visto desde la imponente realidad que nos sobrepasa y finalmente la volvemos a encontrar en su última obra de 1928, el año de su muerte, que lleva por

⁶ Scheler, M. "Ética". Tomo II. Pág. 65. *Revista de Occidente*, B. Aires. 1948.

título: *El Puesto del hombre en el Cosmos* en cuyo final encontramos afirmaciones, algunas procedentes de Hegel, en el sentido de que "El Ser primordial adquiere conciencia de sí mismo en el hombre", y otras un tanto sorprendentes como aquella que sostiene que contribuimos a "engendrar al Dios que se está haciendo desde el principio de las cosas y es la compenetración creciente del impulso (*Drang*) y del espíritu (*Geist*)". Y en este punto encontramos una idea nueva: que Dios entendido como "impulsión" (*Drang*) es un ser inacabado, "en devenir," que requiere de la historia del mundo y del hombre para su total realización. Hay que recordar en este punto que en el siglo XX se ha ido abriendo paso la idea de que la creación "no ha sido una operación instantánea sino que se ha continuado y que esta continuación constituye el tiempo mismo". Esta suerte de evolución creadora significa que el mundo está en proceso de cosmogénesis permanente y que se habría concentrado en la historia humana de tal modo que el hombre representa un factor importante en esta consumación⁷.

Pero, ¿qué podemos derivar de todo esto? En mi opinión una de las consecuencias más significativas que se puede rescatar de lo anteriormente expuesto es que el ser humano no tiene otra alternativa que transitar hacia la próxima etapa antropológica, idea que se ha ido manifestando a lo largo del pasado siglo XX de diversos modos y que podemos rastrear desde G. Papini en su conocida obra *La Vida de Cristo*, en la cual revela que en una etapa de su existencia se le fue imponiendo la idea que él quería ser Dios ("*io volio essere Dio*") hasta el discurso que pronunciara A. Solzenitzin en junio de 1978 a los graduados de Harvard. En éste expresa su desencanto de la vida occidental y de su correspondiente cobardía moral. Ante la derrota norteamericana frente a un pequeño país como Vietnam se pregunta "¿Cómo puede Occidente

⁷ Al respecto véase de Tresmontant, C. *Estudios de Metafísica Bíblica*. Ed. Gredos. Madrid, 1961, Cap. III.

basar su seguridad en el gigante derrotado?". Y se responde "con todo, no hay arma alguna por poderosa que sea que pueda ayudar a Occidente mientras no supere su pérdida de voluntad de poder. En un estado de debilidad psicológica las armas se tornan en una pesada carga para el derrotado. Para defenderse uno debe estar dispuesto a morir". Sin embargo, su discurso culmina con una interesante exhortación, que debiéramos tener siempre presente, en ella indica: "Si el humanismo estuviera en lo cierto al declarar que el hombre nació para la felicidad, no nacería para morir. Desde que el cuerpo del hombre nace para morir, la tarea del ser humano debe ser de naturaleza más elevada. No puede restringirse al goce de la vida cotidiana. No puede limitarse a la búsqueda de los mejores caminos para detentar el bienestar material y luego sacar el máximo provecho de éste. Debe ser más bien, el cumplimiento de una tarea permanente y muy seria que haga del viaje de la vida una experiencia de permanente crecimiento moral, de modo que al morir se sea un hombre mejor que al nacer". Y más adelante prosigue: "Se hace imperioso revisar a fondo el dilatado catálogo de valores humanos. Su actual incorrección es sorprendente. No es posible que se juzgue el desempeño de un Presidente de acuerdo al dinero que pueda ganarse bajo su administración o según la cantidad de gasolina que es capaz de proveer a cada uno de sus ciudadanos. Tan sólo el dominio de sí mismo puede elevar al hombre por sobre la corriente del materialismo. Si bien el mundo no ha llegado a su término ha entrado en uno de los cambios más profundos de su historia, tan profundo como aquel que separó a la Edad Media del Renacimiento. Forzosamente nos debe conducir a una superación espiritual, deberemos ascender en nuestras miras y alcanzar un nivel de vida donde nuestra naturaleza física no se vea constreñida como en la Edad Media y donde nuestro espíritu no sea aplastado como en la era moderna. Esta ascensión será semejante a una mutación hacia la próxima etapa antropológica. Nadie tiene en el mundo otra opción sino superarse".

Y para finalizar este recorrido, encontramos análogo punto de vista en un gran investigador inglés, especialista en la estructura más fina del cerebro humano y que le valió el premio Nobel de Medicina del año 1991, me refiero a Sir John Eccles, él también se muestra partidario de la creencia que habiendo culminado la evolución biológica, habríamos entrado en la fase de una evolución puramente espiritual y cuyas perspectivas se le aparecen como ilimitadas de tal modo que se da la posibilidad de que el hombre llegue a ser "una suerte de superhombre en el dominio de las capacidades del cerebro, de la inteligencia y de la creatividad". Sin embargo, le asiste la sospecha que habrá una regresión previa, es decir, una pérdida de cultura a medida que el tiempo avanza. "Se la ve ya –advierte– en la mediocridad de la enseñanza en las sociedades avanzadas". Al respecto, para J. Eccles, el modelo estaría dado por lo ocurrido en Polinesia cuando, al perderse las referencias fundamentales y los objetivos de la existencia, tras haber emprendido sus antepasados la enorme travesía del Pacífico, habrían caído en una profunda desorientación". Es decir, estaríamos bordeando, en consecuencia, el peligro de caer, a nuestro turno, en el llamado Síndrome Polinésico⁸.

En suma, todo tiende a coincidir desde nuestro punto de vista. Esto es, si el hombre de origen europeo no asume los rasgos más elevados de carácter espiritual y moral de su tradición greco-romano-cristiana y no toma conciencia del peligro al que está expuesto no le queda sino una alternativa: la caída en el islamismo. Ya hay señales que apuntan en esa dirección. Un escritor británico, hijo de padre pakistaní y madre inglesa, me refiero a Hanif Kureishi, afirmó en una rueda de

⁸ Los textos citados proceden de una entrevista concedida por Sir J. Eccles a la Revista *Paris-Match* del 11 de junio de 1992, número 2246, con motivo de la publicación de su libro *Evolution du Cerveau et Creation de la Conscience* editado por Fayard en París ese mismo año.

prensa dada el año pasado que "dentro de diez años el continente europeo será uno de los mayores continentes musulmanes" y hay quienes han llegado a sostener que a nuestra venerada Europa no le quedan más de 80 años de vida histórico cultural. Y se volvería a repetir la historia, otra vez una religión oriental ingresaría en el corpus de la tradición de occidente y, esta vez, con efectos imprevisibles por la drasticidad ética de la religión musulmana. Por cierto, la causa de tal situación histórico cultural provendría por una parte del abandono de las raíces culturales, del descuido de la tradición en definitiva y del poderoso efecto de la técnica de cuya real dimensión aún no tomamos conciencia cabal, solamente hay que recordar la advertencia de Heidegger en el sentido de que la técnica produce desarraigo, nos separa de nuestras raíces y tiende a la globalización. En un encuentro entre filósofos Heidegger habría afirmado que "sólo un dios puede salvarnos de ello". Y otro gran pensador alemán, E. Jünger, que influyó poderosamente en Heidegger en lo tocante al dominio de la técnica, en uno de sus escritos anota en su diario de vida: "¿Qué puede recomendarse al hombre, y sobre todo al hombre sencillo, para sustraerlo de esa uniformidad, a la que también coopera sin cesar la técnica? Sólo la oración. En ella está dado, también para el más humilde, el punto en el que entra en relación no con partes del engranaje, sino con la totalidad"⁹. Sorprendente si consideramos que las expresiones anteriores provienen de un hombre no especialmente religioso, sino de quien a partir de 1920 en su novela *La Tempestad de Acero* elabora el concepto de nihilismo heroico de procedencia nietzscheana.

⁹ Jünger, E. *Radiaciones*. Vol. II. 29/8/44. Tusquets. España. 1989.